

Autor: *Mariano de Santiago Cividanes.*

Título: *Costumbres escolares. Vítores y estar al poste.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *El Adelanto, 1920.*

Aquella mañana se levantó Elvira alegre y sonriente. Había sonado en su alma virginal la campanita del amor, y su sonido era música angélica que inundaba de nueva vida su ser. ¡Cuántas veces se repetía dentro aquellas palabras, que la había dicho! Eres la novia soñada, te quiero como a nadie, me pareces la más hermosa de las mujeres. Todo ello acompañado de un gesto y una mirada animada de luz de enamorado. Medio en sueños, medio; despierta, se le representó muchas veces, pero su figura se esfumaba y no acertaba a representarle bien. Pero su amor era inquebrantable.

Un rayo de sol la acarició al salir del lecho y la pareció un día, distinto de todos; ¡qué bello el vivir!, su pájaro, como adivinando la alegría de quien le cuidaba, se derretía en gorjeos, como si también fuera él otro enamorado. Es que había encontrado lo que presentía: ser amada por un estudiante laborioso y simpático. Por eso los minutos le parecían horas. ¡Cuánto tardaba aquella noche!

Arellano la repetiría las palabras que tan bien sonaban en su oído...

Embebida en estos pensamientos, oyó pasos: mas no era él, se retiró de la ventana, volvió a sentir ruido de pisadas, y tampoco.

Pero al fin, alegre y sonriente, se acercó su novio y la dijo: hoy ha sido día de bromas; después de la noche pasada, nadie se sabía la lección y hemos tenido *al poste* al catedrático más de una hora. ¿Qué es eso de estar al poste?

Si has ido a la Universidad, habrás visto los postes numerados; cada profesor, al salir de cátedra, se pone junto al suyo, nosotros le rodeamos y allí le exponemos las dudas sobre la lección. Esta mañana les llevamos preparados varios escritos en papeletas o cédulas, una de ellas era de mal gusto y le hizo incomodarse, pero otra tenía gracia. ¿Cómo era?

Era la siguiente pregunta. Si a un pintor de retablos le hacen pintar las once mil vírgenes, ¿cuánto tiempo emplearía?

El maestro que sabe más latín que Cicerón, le contestó, la iglesia dice Undecin M. Vírgenes, que significa once mártires vírgenes, así que para pintar diez y una más con Santa Ursula, no se necesita tanto tiempo.

- Pero ¿qué música y algarabía era la de anoche?

- Es que cuando por aquí pasamos íbamos a *rotular*, es decir, a poner un *vítor* al catedrático triunfante.

- Cuéntame cómo fué.

- Había una reñida oposición a una cátedra entre el maestro Bernal y el maestro Cifuentes: los amigos del último estaban comprados muchos de ellos por un pariente suyo, que vino con una bolsa repleta de ducados para tal fin, y a otros les había prometido cédulas probatorias de curso con tal que le votasen.

Nosotros, los amigos del maestro Bernal, denunciarnos al maestrescuela todo ello, hasta que señalaban las cédulas para la elección, y algunos de ellos fueron a parar a la red en la cárcel del estudio.

Cuando salió triunfante nuestro candidato, repartió abundante colación de dulces, y salimos todos gritando: *vítor*, Bernal; *cola*, Cifuentes.

Pronto salieron dos estudiantes haciendo de heraldos, con dos grandes carteles, en los que llevaban escrito el rótulo, que después pusimos en la fachada de enfrente a la casa del vencido.

- ¿Qué canción era la que con la música acompañabais?

- Una de un entremés estrenado recientemente, que dice:

Riñen las gorronas
con los galanes;
y al pasar de las aguas
hacen las paces.

- ¿Os acompañaba el vencedor?

- Adornamos, como es costumbre, un carruaje le subimos en él y los amigos llevábamos palmas y ramas verdes, en señal de triunfo. Otro estudiante que ya sabe hacerlo, llevaba la pintura de rotular, que es de almagre, sangre de vaca y aceite.

Subió en la escalera y le advertimos que pusiera los caracteres claros y legibles para que, causando envidia a los contrarios, no se borrara en muchos siglos.



A esta costumbre obedece que veamos en nuestras viejas fachadas tanta letra encarnada, con que celebraban los estudiantes bien el final de la carrera, bien el triunfo de una cátedra, o la obtención de una mitra o un cargo del Consejo de Indias.

Siempre los acompañaban con alegres melodías, y esta era la música que en las horas rosa de una virgen niña había sonado como campanita del amor en el corazón de Elvira.